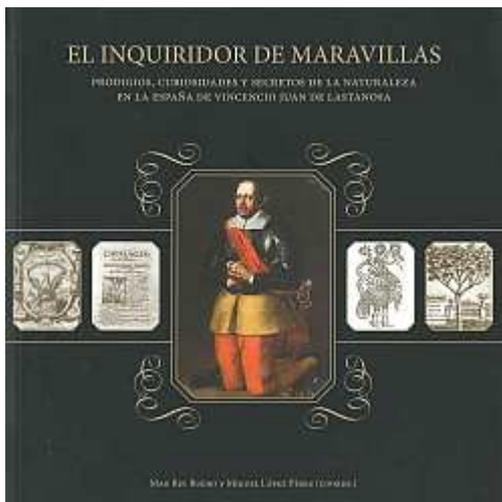


PARA UN ESTUDIO AMPLIO DE LA CULTURA OSCENSE

Mar REY BUENO y Miguel LÓPEZ PÉREZ, coords., *El inquiridor de maravillas. Prodigios, curiosidades y secretos de la naturaleza en la España de Vicencio Juan de Lastanosa. Actas de la Conferencia Internacional “Lastanosa: arte y ciencia en el Barroco” (Huesca, 29 de mayo a 2 de junio de 2007)*. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2011, 493 pp.



Este encuentro académico –denominado–, estuvo inspirado en *otra reunión* científica inmediata, *Beyond the Black Legend: Spain and the Scientific Revolution* (Valencia, 21-24 de septiembre de 2005), dirigida por Víctor Navarro Brotóns y William Eamon y publicada bajo el título *Más allá de la Leyenda Negra: España y la Revolución Científica (Beyond the Black Legend: Spain and the Scientific Revolution)*, Valencia, Universitat de Valencia-CSIC, 2007. De los profesores participantes en Valencia, algunos acudirían después a Huesca, donde se les brindaba la oportunidad de centrar sus pesquisas en un ejemplo concreto de la ciencia en España. Es el caso de William Eamon co-coordinador del encuentro valenciano y coautor allí del planteamiento histórico: «Spain and the Scientific Revolution». En el II apartado [«Alchemy, Hermeticism, and Astrology»], dos de los tres ponentes fueron Mar Rey y Miguel López, luego coordinadores en Huesca. En el apartado III [«Iberian Science in an Imperial Setting»], de cuatro ponentes, sería Daniela Bleichmar la que repetiría en Huesca; mientras que en el IV [«From Natural History to the Encyclopedia»], fueron Jorge Cañizares-Esguerra y John Slater entre cinco valencianos.

Parece justificado que el apartado V [«Courts Distant and Near: Patronage and Science in Spain, Italy, and the Netherlands»] se obviara pues ya se desarrollaba en Huesca un congreso sobre el mecenazgo y Lastanosa [Aurora Egido (coord.), *Mecenazgo y Humanidades en tiempos de Lastanosa* (diciembre, 2006), Ed. Instituto de Estudios Altoaragoneses-Instituto Fernando el Católico, Zaragoza, 2008]. En cambio nos parece llamativa la no participación de ninguno de los profesores que hablaron de medicina en Valencia [apartado VI] y que no se concediera algún lugar a este tema, dada la relevancia del asunto para Lastanosa. Igualmente podría ser interesante en el futuro contar con el profesor Nicolás García Tapia, uno de los siete ponentes de Valencia en el apartado VII [«Mathematics, Cosmography, and Technology»]. Este profesor de la Escuela Universitaria Politécnica de Valladolid nacido en Huesca, perito industrial e ingeniero hidráulico, ha estudiado el famoso libro de ingeniería renacentista *Los veintiún libros de los ingenios*, el cual lo atribuyó a Pedro Juan de Lastanosa, de la familia del mecenas [ed. de García Tapia, Huesca, 1990, p. 28]. El ancestro de Juan Vicencio Lastanosa había estudiado primeramente en la Universidad de Huesca, para pasar luego a las de Alcalá, Salamanca, París y Lovaina, según el cronista Juan Francisco Andrés [Tapia, *op. cit.*, p. 28].

La relación Valencia-Huesca es bien consecutiva y sugerente: en Valencia el objetivo fue «incorporar la historia de la ciencia moderna española dentro de las “historias oficiales” de la conocida como *revolución científica*»; y en Huesca, tras la reunión de Mar Rey Bueno y Miguel López Pérez con el Instituto de Estudios Altoaragoneses [Huesca, vísperas de Navidades de 2005], estudiar el interesantísimo caso de un mecenas de la alquimia fuera del entorno cortesano, ejemplo inédito en la investigación española [Mar Rey y Miguel López, «Vicencio Juan de Lastanosa, inquiridor de maravillas...», (pp. 9-55), en *El inquiridor...*, 2011, pp. (9-55) 11-12]. La parte más novedosa de este congreso había de ser el acercamiento a la figura de Vicencio Juan de Lastanosa desde el punto de vista de historia de la ciencia.

Puestas las cosas así, buena parte de los profesores que se seleccionaron luego eran especialistas en historia de la ciencia, los cuales no habían investigado hasta el momento al personaje objeto del congreso. Se les convocó entonces a trabajar sobre el tema a partir de copias de los principales documentos que se conservan relacionados con las colecciones de Lastanosa: «Fue así como comenzó el experimento: un grupo de expertos recibe un conjunto de documentos sobre un tema que desconoce pero que está dentro de sus líneas habituales de trabajo. Como tarea les asignamos que pensarán sobre la documentación recibida y emitirán sus opiniones al respecto» (p. 12). Después vinieron sucesivamente la «Conferencia internacional» y la publicación de las actas (respectivamente mayo y junio de 2007-verano de 2011). Las conclusiones de estos

profesores convocados para indagar el lado científico de Lastanosa suponen en algunos casos un agudo ejercicio de comentario de textos desde un punto de vista científico; y en su conjunto, una vez cruzadas sus inquisiciones, una aproximación muy útil al tema de estudio. Ante la limitadísima existencia de estudios previos y de una investigación amplia sobre el contexto cultural de Huesca, resulta alentador comprobar las certezas que se desprenden y las hipótesis planteadas a partir del esfuerzo interpretativo en este proyecto desarrollado entre 2005 y 2011.

Esta reunión científica fue una convocatoria pragmática que –entendemos– buscó cortar el nudo gordiano del exclusivo acercamiento filológico-humanístico al sorprendente mecenas de la cultura oscense del Barroco. Aprovechando la generosidad de las instituciones cuando se trata de conmemoraciones, ha podido salir adelante esta iniciativa concretada finalmente en las actas. A partir de la riqueza interpretativa de la *conferencia* (basarse todos de los mismos textos y analizarlos desde la disciplina de cada investigador en concreto), numerosos chispazos iluminan la oscuridad preexistente sobre el asunto. Pero hasta tal punto el asunto investigado era virgen y la base documental desde la cual se ha interpretado ahora, bastante limitada, que en adelante solo se podrá avanzar más en el asunto retrocediendo para asentar lo entrevisto en este periodo de 2005-2011.

Las pesquisas se agruparon según los atributos que debía poseer un caballero instruido de la época, ordenación sugerida a los organizadores por Francis Bacon [*Gesta Grayorum*, 1594]. A partir de esta idea matriz, Mar Rey y Miguel López diseñaron el evento en cinco apartados: colección, jardín, laboratorio, biblioteca y salón. Las actas publicadas que ahora reseñamos se abren con una introducción-conclusión. Los coordinadores aprecian que el museo lastanosino constituye uno de los ejemplos españoles más destacados de coleccionismo culto, «en el que a la curiosidad y la ejemplaridad se suma una aproximación erudita al objeto» (p. 21); y que se da una evolución del prohombre oscense entre 1650 y 1665, en que se acrecienta su interés por las monedas y se desarrolla la afición por la alquimia.

En cuanto a la «La colección» [bloque I] parece claro a los coordinadores que Lastanosa era un *maravillosista* más que un *filósofo natural* y su meta «presenciar nuevas maravillas y transformarlas en espectáculos que pudiera compartir con otros» (citan a Portuondo, pp. 23-24). En el siguiente apartado, «El jardín» [bloque II], destaca, y no podemos nosotros dejar de recalcarlo, la aportación empírica de Francisco Páez de la Cadena de que el jardín tiene una concepción renacentista, lo cual implica una obra preexistente al mecenas [«Los jardines de Lastanosa: posibles ideas y modelos», (pp. 207-236) hipótesis en pp. 208-09 y conclusión en pp. 224-25]. Asimismo, coincidimos,

Reseñas

precioso resulta al lector el perspicaz estudio de Goldgar sobre los tulipanes, que dice mucho sobre el personaje: Lastanosa hace uso de su museo, biblioteca y jardín para intentar escalar en la pirámide social pretendiendo, a través del conocimiento, dar lustre a su apellido [«Vicencio Juan de Lastanosa, los tulipanes y el coleccionismo del siglo XVII», (pp. 261-85) pp. 278-79]. En cambio nos parece exagerada esta aseveración de los coordinadores: «se pone en evidencia *por vez primera* [el subrayado es nuestro] las carencias de un personaje como Lastanosa, a medio camino entre el erudito y el cortesano» (p. 26).

La parte de «El laboratorio» [bloque III] es la que intenta adentrarse más de lleno en el objeto básico de esta *Conferencia*, la faceta científica de Lastanosa. Como veíamos en el jardín, se hace evidente también en este apartado que el mecenas oscense quería hacer de su laboratorio *otro* remedo regio: en este caso «del fastuoso laboratorio químico creado por Felipe II en el Escorial» (p. 29). Se constata igualmente, como se ha dicho, que, si bien es cierto que para él también este aspecto científico formaba parte de su proyección social, la Química es una inclinación personal sincera que no hace más que afianzarse con la madurez. Además la *conferencia* evidencia que el mecenas sabía elegir bien los textos alquímicos y conocía su importancia y significación.

No obstante, una vez publicadas las conclusiones del evento, resulta inquietante constatar todo lo que queda por conocer, por ejemplo a la vista del hoy por hoy misterioso testimonio de Juan Berceval, autor de un famoso *Recetario* médico (1713). Reconocía éste que para formarse como enfermero tuvo que dirigirse –indefectiblemente– a Huesca, a casa de los Lastanosa: «pues dice que es allí donde mejor puede iniciarse en la práctica química» [Rey, «El coleccionista de secretos: oro potable. Alquimistas italianos y un soldado enfermero en el laboratorio lastanosino», (pp. 289-318), p. 302].

En opinión de la propia Rey, Lastanosa debe enmarcarse en el contexto hispano del paso del alquimista al *médico-químico* (p. 306). Siguen a Rey las aportaciones de Eamon (New Mexico) y Moran (Nevada), para situar a Lastanosa en el adecuado contexto científico. El primero sugiere que «Lastanosa no fue quizás un novator, y ciertamente no fue baconiano, pero, como muchos otros coleccionistas de su tiempo, ayudó a fomentar un ideal de objetividad que fue de vital importancia en las primeras etapas de la revolución científica» [«Apariencia, artificio y realidad: el coleccionismo de secretos en la cultura cortesana», (pp. 319-35) p. 331]. El segundo analiza acto seguido con perspicacia la selección de libros de alquimia que hizo el mecenas: «Se trata de escritos que prometían revelar los secretos de la naturaleza, bien mediante la comprensión de procedimientos prácticos, bien a través de la interpretación de símbolos

y alegorías» [«Extraer las virtudes y los secretos de la naturaleza: medicinas...», (pp. 337-49) p. 337]. Sin quererlo tal vez Bruce T. Moran nos revela de paso una *saneadora* diferenciación entre Lastanosa y Gracián.

En cuanto a «La biblioteca» [bloque IV], último de los atributos que debía ilustrar a un caballero *virtuoso* según Francis Bacon, se manifiesta que Lastanosa seguía los patrones de la época. El punto de vista científico de la *conferencia* viene a reactivar apreciaciones de siempre: la temática de los libros estaba encaminada a hacer del noble un hombre instruido, «dedicado a cultivar su mente en tertulias literarias y salones eruditos» (p. 32). Los profesores concitados a esta reunión científica aportan la importante constatación de que la biblioteca de Lastanosa no es la de un bibliófilo sino que tiene una marcada vertiente práctica: es un lugar donde recurrir para documentarse sobre sus muchas maravillas. Esta utilización se extiende a muchas facetas. El mecenas oscense no solo coleccionaba *maravillas* de la naturaleza sino que buscaba libros prácticos que sirvieran para entenderlas.

En esta introducción-conclusión se destaca la aportación de Slater, el cual parte de la hipótesis de que el museo oscense pudo ser considerado «como una especie de historia experimental, un experimento historiográfico que tenía perfectamente definidos su objetivo y audiencia» (p. 34). Estamos de acuerdo, y nos resulta refrescante comprobar como un encuentro fundamentalmente científico aporta luz sobre aspectos hasta ahora tratados tan solo por filólogos e historiadores. Aunque de nuevo es como hablar *ex novo* considerar que esta sugerencia perfile «un Lastanosa distinto al que tradicionalmente ha sido planteado desde la historiografía tradicional» (p. 34). Lo novedoso –a nuestro juicio– no es la hipótesis sino que un congreso sobre la ciencia en Lastanosa resalte esta apreciación; apuntada a veces, pero vista casi siempre desde el punto de vista de la óptica de la historiografía graciana.

El último apartado que estructura la *conferencia* es el dedicado al *círculo lastanosino*, «El salón» [bloque V]. Se ponen en evidencia las limitaciones de la historiografía literaria al acercarse a la figura de Lastanosa. La base socioeconómica que sustenta el entramado cultural de una sociedad, y a su vez el entramado cultural en el que nacen grandes obras como las de Gracián, son campos de investigación que no van en contra del genio, sino al revés. Además este evento abre una vía fértil de intercambio de puntos de vista científico-filológicos, campo en donde queda mucho por hacer. Es clave que los coordinadores recalquen, apoyándose en las impresiones del propio López Pérez y en las de Harold J. Cook y Antonio Barrera, la importancia de centrarse «en los intereses económicos y sociales que movieron al mecenas oscense» (p. 37); y es cierto (aunque no al cien por cien) que al estudiar el intercambio de conocimientos y saberes

Reseñas

entre Lastanosa y su red de contactos, queda superada «la visión tradicional que se ha hecho hasta ahora de este aspecto concreto del universo lastanosino» (p. 27).

Concluyen por último los coordinadores –y nos lo hacen ver– que hubo una verdadera inclinación personal de Lastanosa por la colección y el estudio de lo acopiado. Queda patente asimismo que los amigos y conocidos de su círculo intelectual fueron verdaderos colaboradores en las *inquisiciones* eruditas del prohombre oscense; y que dicho entramado de colaboración es más complejo de lo estudiado hasta ahora. A la vista de lo que se hizo patente tras el encuentro de Huesca, el genérico título «Lastanosa: arte y ciencia en el Barroco» que anunciaba el congreso ha quedado concretado en la publicación como *El inquiridor de maravillas. Prodigios, curiosidades y secretos de la naturaleza...* Tanto Mar Rey como Miguel López, especialistas en historia de la alquimia, destacan en sus respectivos trabajos el valor de la figura de Lastanosa en esta faceta. La primera concluye: «De lo que no cabe duda es del verdadero interés que por la alquimia, en sus más variadas vertientes, sintió este coleccionista de secretos» (art. cit., p. 307); mientras que el segundo valora que «El XVII español es un siglo sencillamente espectacular, digno de acaparar la atención del investigador de por vida, sin límites, gozoso para el historiador. Y Vicencio Juan de Lastanosa anduvo en medio, realzando las cualidades de dicho siglo» [«Amigos, eruditos, coleccionistas: el intercambio de conocimientos en el círculo lastanosino», (pp. 439-62) p. 450].

Rey y López, que se acercan con nuevos ojos a la figura del prohombre oscense, se extrañan con razón de la visión negativa que en los últimos tiempos da la crítica sobre la relación de Lastanosa con Gracián. Ellos encuentran antes bien simbiosis y beneficio mutuo de ambas partes; y, es más, afirman que a diferencia de otros casos de mecenazgo, en éste «el tándem Lastanosa-Gracián se nos antoja más cercano a la amistad que a la sumisión» (p. 18). Ello lo explica bien la profesora Aurora Egido, cuya lección inaugural abrió esta *conferencia* científica: «Gracián y Lastanosa: universalidad compartida y paradojas morales» (pp. 57-109). La historiografía graciana ha arrastrado la idea de una simbiosis literaria Gracián-Lastanosa, en buena parte del siglo XX. Egido, desde la filología, disecciona la diferencia entre realidad histórica y realidad literaria, poniendo fin al abuso de dicho determinismo (art. cit. pp. 57-109). Si al final de su vida Gracián se fue alejando de sus amigos oscenses, a principios del siglo XX el gran hispanista Adolphe Coster activó una visión entusiasta de la relación Gracián-Lastanosa la cual recientemente ha querido ser corregida. Ahí estamos, pero tal vez simplemente hay que traer aquí a Horacio recalcando el papel de Mecenas como potenciador del genio:

Pero [Mecenas]
si [tú], en cambio, me cuentas como vate lírico,
herirá los astros mi cabeza enhiesta.

(*Odas* I. 1, vv. 34-36, versión de Vicente Cristóbal)

* * * * *

Queremos afirmar con toda rotundidad que esta *conferencia* supone un avance bien significativo en el estudio del mecenas Lastanosa. Desde esta premisa, y con ánimo constructivo, nos atrevemos a plantear a continuación algunas sugerencias. Nos parece que debe explorarse el aspecto médico-químico mucho más. Lastanosa fue regente del hospital de la ciudad durante la terrible peste que asoló la ciudad desde el verano de 1651 hasta la primavera de 1652. Esta es su actuación más destacada como *ciudadano*, condición esta que tanto recalcan los infanzones oscenses [recuérdese a este propósito tan solo el clásico Federico Balaguer, «Médicos y medicinas en la Huesca de 1651», *Argensola*, 71-78 (1971-74), pp. 111-136]. Es triste que se obvie absolutamente que este Hospital de Nuestra Señora de la Esperanza venía a ser el centro de prácticas de la Facultad de Medicina de la Universidad de Huesca, en la plaza de dicho centro de estudios [Laureano Menéndez de la Puente: *Notas históricas sobre el ejercicio de las profesiones sanitarias. Médicos, boticarios y cirujanos en Huesca, del siglo XV al siglo XIX* (¿1963?). Nada se dice tampoco de la existencia de una de las facultades de medicina más antiguas de España [Laureano Menéndez de la Puente: *La facultad de medicina de la Universidad de Huesca en los siglos XVI y XVII* (conferencia de 1963) y *op. cit.* (1970)]. Por desgracia aparece de nuevo la imagen de un *Lastanosa oasis en el secano oscense* [subrayamos], también, en el aspecto científico.

Por ello echamos en falta en este encuentro, o en alguno de los congresos o publicaciones de las conmemoraciones lastanosinas, la presencia de José María Lahoz Finestres, especialista en historia de la Universidad de Huesca, el cual tiene inventariadas cerca de cuarenta mil entradas de profesores y estudiantes de todas las facultades de la Universidad oscense (también José Arlegui Suescun y Laura Alins Rami dedicaron sus tesis doctorales a esta institución educativa). Es cierto que ello va más allá de los textos proporcionados a los profesores convocados a una *conferencia*, pues la bibliografía existe y las investigaciones en curso también. Se sigue ignorando el peso cultural y científico que debió de tener tal institución en el fenómeno *Lastanosa*. Si la investigación sobre Huesca partiera ya de estas bases tal vez H. J. Cook hubiera matizado esta afirmación: «El ejemplo de Lastanosa puede servir para explicar las

Reseñas

dificultades que tenía el conocimiento para llegar a lugares como Huesca, alejados de los principales centros cosmopolitas de la Península» [«Lastanosa como ejemplo de su tiempo: historia natural y medicina», (pp. 462-76) p. 474].

Venimos avisando sobre esta circunstancia. Ya se reconoció en su momento, a propósito de nuestra investigación sobre Manuel de Salinas, que el contexto cultural de la Huesca de Gracián era más complejo de lo que se había supuesto hasta entonces. Luego, en las fechas de esta conferencia, se ponía delante de los ojos de los investigadores el peso de la Universidad de Huesca [Cuevas, «Las humanidades en Huesca en tiempos de Lastanosa» en Egido (coord.), *Mecenazgo y humanidades, op. cit.*, pp. 135-59]. Las conclusiones-hipótesis de esta *conferencia* parten de unos textos interesantes pero insuficientes. Se afirma en las actas: «Desde luego, podemos descartar, por ejemplo, la realización de reuniones [en casa de Lastanosa] con titulares de cátedras y con colegas para intercambio de conocimientos teóricos y prácticos de la especialidad». Pero ¿por qué, si había facultad de artes en Huesca desde el siglo XIV y estos estudios eran de obligatorio tránsito para todo estudiante antes de ingresar en el resto de facultades? ¿Qué sentido tiene que hubiera de quedar excluido de las reuniones de Lastanosa tal sector académico, en una ciudad de unos cinco mil habitantes? Más cuando su hermano, el doctor en leyes Juan Orencio, personaje clave, vivía con él, y los Salinas, parientes íntimos, tenían también dicho grado universitario. Familiares del mecenas o él mismo regentaron sucesivos cargos en la administración de la Universidad desde el siglo XVI (algunos de los que nos acordamos: maestrescuela, rector, catedráticos, consiliario, lugarteniente del maestrescuela, tesorero, asignado del concejo); es decir, lo extraño sería que no hubieran pasado por casa de Lastanosa catedráticos y estudiantes de una u otra facultad.

Por otro lado la lectura de las actas evoca una y otra vez la labor del profesor Fermín Gil Encabo. Este investigador explicaba exhaustivamente el estado de la cuestión sobre Lastanosa [«Perfiles de Lastanosa, ciudadano de Huesca y mecenas de Gracián (Estado de la cuestión)», en Egido (coord.), *Mecenazgo y Humanidades, op. cit.*, 2008 (2006), pp. 193-252]. Hasta las fechas de la gestación de esta *conferencia* había sido el *alma mater* de los estudios lastanosinos. Fue el primero que, apoyándose en fuentes documentales, inició al menos las siguientes líneas de investigación: las bases económicas del patronazgo del prohombre oscense, claroscuros en su relación con Gracián, actuaciones económicas de Lastanosa de posible dudosa moralidad, o la pertinencia de los estudios científicos o alquímicos en su palacio. El segundo aspecto ha quedado deslindado perfectamente en lo que atañe a la filología por la profesora Aurora Egido [«Gracián y Lastanosa...», en *El inquiridor...*, art. cit., pp. 57-109].

Este profesor mantuvo precozmente una visión amplia de la investigación sobre el mecenas, en indagaciones que abarcarían desde lo económico a lo filológico, sin olvidar el resto de facetas susceptibles de análisis. Nos acordamos asimismo de otras caras de la investigación tratadas por él pioneramente: la recuperación de la biblioteca y colecciones de Lastanosa, la proyección social conseguida con el mecenazgo o la reconstrucción del trazado de los jardines. Al respecto queremos recalcar un aspecto sugerido en estas actas. Cuando leíamos en Páez de la Cadena (en *El inquiridor...*, art. cit., pp. 207-236) que no hay lugar a dudas de un trazado renacentista del jardín de Lastanosa, no hemos podido dejar de acordarnos de otra vía de investigación iniciada felizmente por Gil. Él documentó que el origen de la fortuna y del palacio de Lastanosa estaban en su suegro Juan de Varaiz, y hoy Páez, desde una lectura especializada de los documentos, viene a incidir en los hechos documentados anteriormente. A este respecto permítasenos sugerir que dicho suegro, hombre de cultura amplia, recopiló una antología poética titulada *Jardín divino*.

También hubo desarrollado Gil la idea de un Lastanosa construyendo su imagen, en realidad sucesivas imágenes a lo largo de una vida [«Hagiografía profanada y sacralización de Lastanosa...», en Andrés, *Monumento*, 2005 (1644), ed. facsimilar, pp. XXXIII-LVII]. Miguel López ronda –a modo de hipótesis– esta idea en sus conclusiones particulares (y la corrobora): «Ello [el no haber conseguido Lastanosa llegar a noble], no obstante, no le impidió ejercer a la perfección un rol, un papel propio, quizá *autodiseñado* [subrayado nuestro], quizás impuesto por las circunstancias» (art. cit., p. 450).

A propósito de esta labor previa, no faltan alusiones elocuentes en las actas de la *conferencia*. Hablan los coordinadores de las contradicciones en los documentos sobre el jardín de Lastanosa: «Esta falta de correlación también fue planteada (en mayo de 1995), al parecer, por Gil Encabo en el mismo curso, en una conferencia que permanece inédita y *a la que no hemos tenido acceso* [el subrayado es nuestro]» (p. 45). Más adelante otro profesor, tras comentar la excelente aportación de Aurora Egido, cita a Gil, para establecer un claroscuro: «Otra visión de la relación entre las dos grandes figuras aragonesas del siglo XVII, *todavía* centrada en los *supuestos* [subrayamos] sentimientos de admiración y agradecimientos de Gracián a Lastanosa, en Gil (2003: 19-60)». Pero antes bien creemos que se trata de aunar esfuerzos, y más cuando son tan beneméritos. Aurora Egido ha hablado de un cambio de actitud de Gracián hacia Huesca a partir del *Oráculo manual y arte de prudencia* de 1647 [al respecto: *Las caras de la prudencia* y *Baltasar Gracián*, Madrid, ed. Castalia, 2000; y «Prólogo» a la ed. facsímil, Zaragoza, Institución Fernando El Católico, 2001] y ello no está en contradicción con

Reseñas

Gil ni con Rey-López de este congreso. Recordemos la valiosa impresión liminar de éstos: «...el tándem Lastanosa-Gracian se nos antoja más cercano a la amistad» (p. 18).

En las actas de esta *conferencia* se aboga por proseguir el trabajo de investigación sobre Lastanosa de una manera colegiada y organizada. Tales propósitos comenzaron a gestarse a raíz del «Proyecto Lastanosa» del Instituto de Estudios Altoaragoneses a partir de 1990 y ha ido desenvolviéndose hasta este IV Centenario de 2006. Respecto a la parte científica de este «Proyecto», los coordinadores de la presente conferencia recalcan lo escaso y deficiente de lo realizado hasta la fecha (pp. 46-47, n. 73-74). Estamos de acuerdo con ellos. Seguramente el «Proyecto» estuvo excesivamente mediatizado por la filología, cuando la versatilidad del mecenas reclamaba un espectro científico más amplio.

En unas llamadas *reuniones lastanosinas* que comenzaron a desarrollarse a partir de 1995 –cuyo ejemplo de trabajo cooperativo era Lastanosa, otra cara más del hábil mecenas– se recurrió a un círculo reducido de profesores; el cual podría haberse ampliado tanto en la propia ciudad como en lugares muy alejados. Conviene mirar con un criterio abierto las aportaciones; no en vano el mismo Lastanosa fue un hombre de formación práctica que supo sacar partido a catedráticos y doctores que concitaba en torno a él, con un plan bien concebido. En este orden de cosas ha sido interesante la aportación de Carlos Garcés, tanto por su curiosidad multidisciplinar y erudición como por sus iniciativas; así esta *conferencia*, que ha realzado la importancia de las disciplinas propiamente científicas en los estudios sobre la cultura áurea.

Así Lastanosa ha tenido el privilegio de concitar un encuentro científico-cultural en el sentido amplio que nunca debería dejar de darse. Entre los profesores participantes había especialistas en alquimia, como es el caso de los coordinadores y de Bruce T. Moran; o los ingenieros María M. Portuondo y Francisco Páez de la Cadena, especialistas en electrónica y tecnología agrícola, respectivamente. Otros procedían de la historia de la ciencia, como Daniela Bleichmar, Harold J. Cook y Antonio Barrera; o también Rafael Chabrán, que estudia el impacto que el mundo natural tuvo en Europa, y Cañizares-Esguerra, experto en intercambios culturales y científicos entre América y Europa; sin olvidar a Anne Goldgar, experta en historia cultural. No faltó la parte filológica, con los citados Aurora Egido, mayor especialista en Gracián, y John Slater, hispanista estudioso de las relaciones entre ciencia y literatura.

Otros conferenciantes fueron Manuel Castillo, conocedor del mundo mineral americano, Alfredo Aracil, músico y compositor, el propio Carlos Garcés, que describió la disposición de la biblioteca de Lastanosa, y Celia Fontana, historiadora del arte que habló del jardín del oscense. Hay que nombrar que hubo una ponencia de Alison

Sandman de título «Geografía, cartografía y cultura docta: Lastanosa y su colección de mapas», la cual no ha sido recogida en las actas. Sandman mostró en aquellos días de la *conferencia* su sorpresa porque una persona dedicada a facetas tan variadas como historia, jardinería, arte, etcétera, consiguiera reunir una colección cartográfica tan notable elegida además con un sentido artístico.

En aquellos días de mayo-junio de 2007, algunos de los profesores más reputados en historia de la ciencia hicieron declaraciones de prensa de este tipo: «Lastanosa es un fenómeno cultural, porque se interesa por el conocimiento *lejos de las universidades* [subrayamos], algo que se plasma en sus colecciones», o «no pensemos que la Huesca de Lastanosa estaba aislada, porque no lo estaba. Él era un cosmopolita, fue amigo de Baltasar Gracián y mantenía contacto con aristócratas y coleccionistas de la época». No puede ser que se siga obviando la verdadera situación cultural de Huesca. Nos parecería del todo correcta la afirmación de que las innovaciones en la farmacopea moderna y en la terapéutica nacieron «al margen de las universidades, y fueron las cortes renacentistas europeas las primeras en legitimar a sus practicantes» (Mar Rey, art. cit., p. 296), si se sobreentendiera la existencia de la Universidad de Huesca. Lastanosa con toda probabilidad aprovechó –según sugerimos– la experiencia inveterada de cirujanos y profesores oscenses (hipótesis que de ninguna forma puede dejar de ser explorada).

A partir de las aportaciones de esta *conferencia* –y del resto de investigaciones existentes– habrá que hacer más generosa la investigación. De este modo podría repararse en mil detalles, por ejemplo que la Facultad de Medicina de Huesca formó al parecer a médicos prestigiosos. Sin ir más lejos en el convento de Santa Clara de Huesca existe un retrato en el que se ensalza a uno de ellos. Se escribe en el pie del lienzo: «Dr. D. Manuel de Lay. Graduado en la Facultad de Medicina de Huesca, curso 1730-31. Fue médico de Carlos III» [reproducido por Laureano Menéndez de la Puente en la publicación de su tesis doctoral *Historia de la facultad de medicina de la Universidad de Huesca. Tesis doctoral. Universidad de Zaragoza. Noviembre de 1968, 1970, p. 128*].

Un objetivo amplio y colaborativo sería sin duda el marco más útil para enfocar el conjunto de la investigación sobre Huesca. El asunto es lo suficientemente rico como para potenciar el trabajo de todos; desde la meta generosa de devolver a la ciudad un reconocimiento cultural que se merece. Pero la magnanimidad del empeño va más allá de Lastanosa y de efemérides coyunturales. Después de leer estas interesantísimas actas, nos ratificamos en nuestras conclusiones: «Debe afirmarse con toda rotundidad que Lastanosa no podría haber existido sin la Universidad [de Huesca], siendo en cambio

Reseñas

éste para ella [en su momento], un complemento marginal» [art. cit., en Egido, *Mecenazgo y humanidades*, 2006 (2008), p. 159].

Los coordinadores de la *conferencia* proponen, para lo venidero, estudiar al mecenas como «ejemplo paradigmático de la sociedad en que vivió. Lejos del ciudadano ejemplar de la ciudad de Huesca y del noble que patrocina la actividad intelectual de Gracián, la faceta que más nos interesa de él es la de consumidor de conocimiento y erudición en beneficio propio» (p. 38). Pero este *virtuoso* barroco desarrolló su *virtuosità* en una Huesca cuyos perfiles están aún por dibujar. Harold J. Cook esboza dicho horizonte: «Sabemos, además, que determinados aspectos han quedado fuera de los registros conservados, mientras que otros aún permanecen perdidos puesto que no se han buscado. Además, podríamos considerar matices que apenas han sido tenidos en cuenta por la historiografía, asuntos tales como la relación de la mansión y los jardines lastanosinos con otros existentes en Huesca, incluido el colegio jesuítico que se situaba frente a ellos, o el contenido de otras bibliotecas y otros jardines oscenses o del resto de España [...]. Mi propia impresión respecto a lo que se ha encontrado hasta el momento, teniendo en cuenta el tamaño de su casa y sus jardines, y su posición en los límites de la ciudad, así como el estilo de su tumba en la catedral y las cos capillas que pagó, es que Lastanosa ocupaba una posición destacada en Huesca, aunque quizás no era el más poderoso e influyente de los oligarcas locales» (art. cit., p. 465). Tras otros atisbos, Cook marca este camino subsiguiente: «De cualquier forma, serán necesarias mayores investigaciones para determinar su verdadero papel dentro de la Huesca de su tiempo, así como los verdaderos intereses personales, religiosos y políticos de sus proyectos» (p. 465).

Pablo CUEVAS SUBÍAS

I. E. S. Ramón y Cajal (Huesca)